

Ciencia y creación

Ciencia y creación

«En el principio, Dios creó el cielo y la tierra». **Génesis 1:1**

Los científicos siguen descubriendo más sobre la inmensidad y la complejidad del universo. Muchos de ellos reconocen abiertamente que, cuanto más lo exploran, más se convencen de que detrás de toda su grandeza hay un Creador Supremo e Inteligente. Esto ya era evidente hace mucho tiempo para el profeta David, quien escribió: «Los cielos proclaman la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día tras otro transmite su mensaje, y una noche tras otra revela su conocimiento». Salmo 19:1, 2

El profeta Isaías nos asegura que Dios «formó la tierra... no la creó en vano, la formó para que fuera habitada» (Isaías 45:18). Claramente, Dios formó la tierra para que fuera habitada. El relato de la creación en Génesis revela que el principal habitante de la tierra iba a ser el hombre.

Al crear a nuestros primeros padres, Dios les dijo: «Fructificad y multiplicaos, y llenad [en hebreo, llenad] la tierra, y sometedla; y señoread sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra». (Génesis 1:28). Pero para recibir plenamente esta herencia era necesario que el hombre demostrara su lealtad a la ley

divina. Adán falló en esto y quedó bajo la condenación a muerte.

Esto no significa que el propósito de Dios haya fracasado. La Biblia revela que, por medio de Cristo, Dios proporcionó una redención para el hombre caído. «Así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados». (1 Corintios 15:22). El hombre será rescatado de su desobediencia y se le dará la oportunidad de demostrar que es digno de vivir en el maravilloso hogar que su Creador le proporcionó. La tierra estará plenamente habitada, no por una raza moribunda, sino por una raza restaurada a la vida perfecta y fortalecida contra el pecado por el conocimiento, a través de la experiencia, de los terribles resultados de la desobediencia.

Este gran proyecto de restaurar a la raza humana muerta y moribunda se describe en la Biblia con la palabra «la resurrección». Además, Pedro lo denominó «tiempos de la restauración», de los cuales, según él, hablaron los santos profetas de Dios desde el principio del mundo. (Hechos 3:20, 21). Así como los primeros capítulos de la Biblia exponen los hechos esenciales relativos a la creación y la caída del hombre, así también el resto de la Biblia revela el plan del Creador para la restauración de aquellos a quienes creó para que tuvieran dominio sobre la tierra.

Debería aumentar nuestra fe en la Biblia como la Apocalipsis del designio de Dios para nosotros, cuando nos damos cuenta de cuán con precisión describe muchos de los hechos esenciales relacionados con la tierra. Por ejemplo, los antiguos

creían que la tierra era plana, pero ahora se ha establecido que la tierra es esférica. La Biblia ya se refería a este hecho hace 3.000 años. En el Libro de Isaías, leemos acerca de «el círculo de la tierra». Isaías 40:22

Los antiguos sabios de la India enseñaban que la Tierra se sostenía sobre el lomo de un elefante que, a su vez, se apoyaba sobre una tortuga. Los griegos se distinguían por su gran sabiduría, pero la mejor teoría a la que pudieron llegar fue que la Tierra descansaba sobre los hombros de Atlas. La Biblia proclamó la verdad sobre este punto mucho antes de que fuera descubierta por la sabiduría humana. El profeta Job dijo acerca del Creador: «Él extiende el norte sobre el vacío y cuelga la tierra de la nada». Job 26:7

LOS CIMIENTOS DE LA TIERRA

El Creador le preguntó a Job: «¿Dónde estabas tú cuando yo ponía los cimientos de la tierra? Dilo, si tienes entendimiento». Y nuevamente: «¿Qué sostiene sus cimientos, y quién puso su piedra angular?» (Job 38:4, 6). A la luz de las verdades geológicas ahora establecidas, parece que estas preguntas se refieren a características definidas en la formación de la tierra. El hogar del hombre sí tiene «cimientos» que están firmemente establecidos sobre lo que se cree que es una masa sólida de una sustancia de níquel y hierro que forma el núcleo del centro de la tierra.

La «piedra angular» de la Tierra se asemeja en cierto modo a la «piedra angular principal» de una pirámide,

salvo que, en lugar de estar en la cima, se encuentra en el centro. Así, todo el peso de la Tierra ejerce presión sobre su núcleo central. En «La formación de la Tierra» (Enciclopedia del Conocimiento Moderno, páginas 192 y 193), el profesor J. W. Gregory menciona siete cimientos masivos que sostienen la corteza superior de la Tierra. Se encuentran en América del Norte y del Sur, Asia, África, Australia y dos en Europa.

Si bien los océanos tienen un peso tremendo y están bien apuntalados por un lecho de pesado material basáltico, el Señor ha provisto un soporte adicional para los continentes. No es de extrañar que el salmista escribiera acerca del Creador: «Él puso el mundo sobre sus cimientos para que nunca se moviera». Salmo 104:5

MEDIDAS

Dios le hizo a Job otra pregunta importante sobre la tierra: «¿Quién ha fijado sus medidas, si lo sabes? ¿O quién ha extendido sobre ella la cuerda?» (Job 38:5). Las medidas son vitales para un arquitecto al diseñar un edificio. No solo el edificio en sí debe tener medidas proporcionales adecuadas, sino que estas deben estar relacionadas con los objetos y circunstancias que lo rodean.

Así fue en el diseño de la tierra. El gran Arquitecto eligió medidas que, en todos los aspectos, se ajustaran al propósito de su diseño. El diámetro de la tierra es de aproximadamente 8,000 millas. La importancia de esta medida solo se aprecia cuando se

compara con el tamaño más pequeño de la luna y con los tamaños mucho mayores de Júpiter y Saturno.

Se cree que los océanos de la Tierra surgieron del vapor de agua expulsado en las primeras etapas de su formación, cuando era una masa caliente. Por lo tanto, el diámetro de la Tierra determinaría la cantidad de este vapor en relación con la medida de su superficie. En el caso de la Luna, al ser mucho más pequeña, la cantidad de agua resultante de sus gases fue tan escasa que se secó por completo a medida que la Luna se enfrió, con el resultado de que no hay agua en la Luna. Por otro lado, los científicos nos dicen que los planetas del tamaño de Júpiter y Saturno emitieron cantidades tan enormes de vapor de agua que sus masas terrestres están completamente sumergidas bajo grandes profundidades de agua o hielo. Para que la Tierra fuera habitable para el ser humano, tenía que tener el tamaño adecuado, y el Arquitecto divino sabía cuál debía ser esa medida.

Además, la distancia al sol tenía que ser la adecuada para que la Tierra se calentara lo suficiente, pero sin llegar a ser demasiado caliente. El sol está a unas 93 millones de millas de la Tierra. Los científicos nos dicen que si el Sol se alejara a 120 millones de millas, todos moriríamos congelados. O, si el Sol se acercara a menos de 60 millones de millas de la Tierra, todos moriríamos quemados; incluso la vegetación sería destruida por el calor.

¡Cuán significativas fueron las preguntas que el Creador le hizo a Job: «¿Quién ha fijado sus medidas, si lo sabes? ¿O quién ha extendido la cuerda sobre

él?» Estas no eran preguntas ociosas. Fueron concebidas por el Creador para revelar su sabiduría y amor al proporcionar este maravilloso hogar para la humanidad.

CÓMO FUE CREADO

La Biblia no explica cómo Dios llevó a cabo su creación. La Biblia simplemente afirma que «Dios creó el cielo y la tierra». Sin embargo, los científicos coinciden en general en que, independientemente del origen del material que compone la Tierra, hubo un momento en que su superficie era una masa caliente y fundida, que posteriormente se enfrió lentamente hasta convertirse en lo que es hoy.

En términos generales, la Biblia describe esto con la sencilla afirmación de que la tierra estaba «sin forma y vacía», es decir, sin forma definida (Génesis 1:2). El primer capítulo del Génesis se refiere precisamente a esta época, cuando la tierra aún no era apta para la vida. Este relato de la Creación hace referencia a seis etapas, días o épocas de progreso que llevaron a la tierra a su estado habitable actual.

LA CREACIÓN

Los geólogos han descubierto este desarrollo ordenado y, aunque no establecen el mismo número de divisiones temporales que en Génesis, sus descubrimientos sobre lo que ocurrió durante las diversas etapas de desarrollo están en notable armonía con Génesis. Los científicos nos presentan

cuatro eras principales, las cuales subdividen en períodos más cortos.

No hay necesidad de ser demasiado exigente al señalar la armonía entre los períodos establecidos por los científicos y los «días» del Génesis. Después de todo, el relato bíblico de cómo se preparó la Tierra para sustentar la vida se expone en treinta y un versículos breves, mientras que los científicos han escrito un número casi incontable de volúmenes sobre esa obra grandiosa. Al parecer, las seis divisiones generales fueron todo lo que el Creador consideró necesario mencionar para brindar a su pueblo devoto la información necesaria para mantener su fe.

EL PRIMER DÍA

Al comienzo del primer «día», el espíritu de Dios —su poder todopoderoso— «se movía sobre la superficie de las aguas». (Génesis 1:2). La palabra hebrea traducida aquí como «se movía» significa incubar, como un pájaro que incuba sobre su nido. Como sabemos, hay varias etapas en el proceso de incubación de . Se recogen ramitas para formar el nido. Estas se forran con pasto u otros materiales más suaves y, finalmente, con un suave plumón para la comodidad de las crías. Luego viene la puesta de los huevos y mantenerlos calientes hasta que nazcan las crías.

En términos generales, esta es una ilustración adecuada de cómo el espíritu, o poder, del Creador se cernió sobre las aguas de la tierra, para que finalmente se preparara un hogar para la miríada de criaturas que

Él tenía en mente para la tierra, y especialmente para el hombre. Esa incubación comenzó al inicio del primer día, cuando «las tinieblas cubrían la superficie del abismo», y continuó hasta que el hombre, varón y mujer, fue creado a su imagen al final del sexto «día». Génesis 1:2, 27-31

Cuando el espíritu de Dios comenzó a cernirse sobre las aguas, «las tinieblas cubrían la superficie del abismo». Puesto que esto ocurrió antes de que se separaran la tierra y las aguas, la superficie de la tierra era un vasto océano. Dios le preguntó a Job: «¿Quién encerró al mar con puertas, cuando irrumpió, como si hubiera salido del vientre? ¿Cuándo hice de la nube su vestidura, y de la densa oscuridad sus pañales?» Job 38:8, 9

La pregunta de Dios bien podría sugerir la forma en que se originó el mar. Los científicos coinciden en que, a medida que la masa terrestre se enfrió, se formó una corteza sólida en el exterior. Durante un tiempo, esta corteza mantuvo confinados los gases calientes o, como sugiere la pregunta de Dios, «los encerró... con puertas». Pero el gas confinado acumularía una presión tremenda y «irrumpería» a través de innumerables pequeños cráteres, esparcidos por la superficie de la Tierra, para luego enfriarse, condensarse y caer sobre la superficie caliente de la Tierra. Así, el mar «nació», y Dios lo comparó con un salir del vientre materno.

El Creador dijo: «Hágase la luz», y gracias a este decreto «hubo luz» (Génesis 1:3). Los científicos han establecido claramente que el sol fue creado mucho

antes que la Tierra, y probablemente fue la luz a la que se refería el decreto del Creador, aunque no penetraba las nubes de vapor y gas que rodeaban la Tierra con el mismo grado de brillo que lo haría más tarde.

Génesis 1:4, 5: «Dios separó la luz de las tinieblas. Y Dios llamó a la luz “Día”, y a las tinieblas las llamó “Noche”». Fue la propia Tierra la que estableció la separación entre las tinieblas y la luz. El lado de la Tierra que daba al sol estaría iluminado, en comparación con la oscuridad del otro lado del globo.

NO VEINTICUATRO HORAS

A medida que la luz del sol comenzaba a penetrar débilmente a través de la densa capa de humedad que rodeaba a la Tierra, la primera era en la que Dios se cernía sobre el planeta llegó a su fin. El relato dice: «Y fue la tarde y la mañana el primer “día”». (Génesis 1:5). Algunos se han dejado engañar por la palabra «día» utilizada en esta declaración. Se trata de una traducción de la palabra hebrea «yowm». Si bien a menudo en el Antiguo Testamento esta palabra se aplica a un día literal de doce o veinticuatro horas, los escritores sagrados no limitaron así su uso.

En Éxodo 13:10, Levítico 25:29, Números 9:22 y en otros pasajes, la misma palabra hebrea se traduce como «año». En Génesis 40:4 y Josué 24:7 se traduce como «temporada». En Génesis 4:3 y 26:8, y en muchos otros pasajes, «yowm» se traduce como «tiempo». Estas referencias revelan claramente que el

significado de esta palabra hebrea no se limita a un día de veinticuatro horas.

Además, la Biblia suele usar la palabra «día» en un sentido más amplio. El período de cuarenta años que los israelitas pasaron en el desierto se conoce como «el día de la tentación en el desierto». (Salmo 95:8). Isaías se refiere a la era del reino de Cristo en la tierra como un «día». (Isaías 11:10). Y en Génesis 2:4, todo el período de la creación es «el día en que el Señor Dios hizo la tierra y los cielos».

Queda claro, pues, que la palabra hebrea «yowm» simplemente denota un tiempo, una temporada o una era durante la cual ocurren ciertos eventos, o se lleva a cabo una obra en particular.

Leemos que «fue la tarde y la mañana del primer día». La palabra hebrea traducida aquí como «tarde» significa literalmente «anocheecer» o «oscuridad». Lo que el Autor divino evidentemente quiere que entendamos es que cada uno de los períodos creativos tuvo un comienzo oscuro y tenebroso, y que la culminación de la obra de cada era fue una mañana de luminosidad. Fue literalmente cierto en el caso del primer «día» que comenzó en la oscuridad y terminó con el decreto divino: «Hágase la luz».

EL SEGUNDO DÍA

Durante el segundo período de creación se formó la atmósfera terrestre. «Y dijo Dios: “Que haya un firmamento [] en medio de las aguas, y que separe las aguas de las aguas”» (Génesis 1:6). Esta separación

de las aguas por medio del «firmamento» significó que la mayor parte del agua permaneció en la tierra, mientras que una enorme cantidad de vapor de agua quedó suspendida en la atmósfera.

Los científicos nos dicen que los gases restantes que provenían de la tierra caliente, gran parte de los cuales se condensaron para formar un océano de agua hirviente, se utilizaron ahora para formar la atmósfera. Pero estos gases tuvieron que ser ajustados por la sabiduría divina para proporcionar exactamente la cantidad correcta de oxígeno necesaria para las numerosas criaturas respiratorias de la tierra que más tarde serían creadas.

El profeta Isaías escribió: «Él extiende los cielos como un telón y los despliega como una tienda para morar en ella» (Isaías 40:22). ¡Qué hermosa manera de describir la extensión de la atmósfera que rodea a la Tierra!

La atmósfera de la Tierra es vital para la vida, no solo por el oxígeno que proporciona a todas las criaturas que respiran, sino también porque permite el sistema circulatorio mediante el cual se abastece de agua a la Tierra. El sol convierte el agua de los océanos en vapor, este se eleva a la atmósfera y cae a la Tierra en forma de lluvia o nieve. Dios le preguntó a Job: «¿Quién hace llover sobre tierra estéril, en un desierto donde nadie vive? ¿Quién envía la lluvia para saciar la tierra reseca y hacer brotar la hierba tierna? ¿Acaso la lluvia tiene un padre? ¿Quién da a luz al rocío?» Job 38:26-29

La atmósfera contiene miles de millones de toneladas de agua en suspensión, listas para ser «rociadas» sobre la tierra. ¡Qué maravilloso sistema de riego! ¡Cómo revela la sabiduría del Arquitecto divino! Y con qué sencillez se describe: «Dios hizo el firmamento y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las aguas que estaban encima del firmamento; y así fue. Y Dios llamó al firmamento “cielo”». (Génesis 1:7, 8). La palabra hebrea traducida aquí como «cielo» es la misma que también se traduce como «aire». Por lo tanto, sería igualmente correcto decir que Dios llamó «aire» al «firmamento».

Una vez completada la formación de la atmósfera terrestre, esa era llegó a su fin. «Y fue la tarde y la mañana del segundo día». Génesis 1:8

EL TERCER DÍA

Durante el tercer «día» o época, aparecieron las superficies terrestres de la Tierra. «Dijo Dios: “Que las aguas que están debajo del cielo [o aire] se reúnan en un solo lugar, y que aparezca la tierra seca”; y así fue. Y Dios llamó a la tierra seca “Tierra”; y a la reunión de las aguas las llamó “mares”; y vio Dios que era bueno». Génesis 1:9, 10

Proverbios 8:29 dice que el Señor «dio al mar su decreto, para que las aguas no traspasaran su mandato, cuando estableció los cimientos de la tierra». Se nos dice que si todas las masas continentales de la tierra se nivelaran, toda la superficie terrestre quedaría entre una y dos millas

bajo el océano. Al parecer, así era antes del tercer día de la creación.

Por decreto divino, y bajo el control del poder divino, comenzó un abombamiento de la superficie de la tierra —que aún era una corteza algo blanda—, lo cual profundizó los lechos oceánicos y elevó nuestros continentes. Como se expresa en Job: «Hasta aquí llegarás y no más allá. ¡Aquí deben detenerse tus orgullosas olas!». Job 38:10, 11

«Tú has puesto un límite que no pueden sobrepasar; para que no vuelvan a cubrir la tierra [como lo hacían originalmente los océanos]». (Salmo 104:9). Además, en el tercer período de la creación, Dios dijo: «Que la tierra produzca hierba, plantas que den semilla, [...] según su género, cuya semilla esté en sí misma, sobre la tierra; y así fue». (Génesis 1:11). Así se describen las primeras formas de vegetación.

Aunque la palabra hebrea traducida aquí como «hierba» se aplicó más tarde a la hierba propiamente dicha, al parecer en este texto se utiliza para describir una forma más general de vegetación tierna. Algunas versiones de la Biblia la traducen como «vegetación».

La tercera era de la creación abarcó lo que los científicos describen como los períodos Carbonífero y Permiano temprano. Fue en esta época cuando la exuberante vegetación, que crecía formando verdaderos bosques, proporcionó el material para los yacimientos de carbón de la tierra.

Hagamos una pausa aquí para señalar el profundo significado de la expresión «según su género». Esta

es la forma en que el Señor expresa que todas las especies de vida son fijas, que no hay una evolución de una a otra. Puede haber muchas variedades de cada especie. Por ejemplo, hay muchas variedades de rosas y de perros, pero todas son rosas y perros. El propio Darwin, en su *Origen de las especies*, lo admitió con franqueza: «A pesar de todos los esfuerzos de observadores capacitados, no se ha registrado ni un solo caso de transformación de una especie en otra».

En cuanto a las formas superiores de vida vegetal tal como se conocen hoy en día, se dice que el Sr. Darwin escribió en una carta a Sir Joseph Hooker: «El rápido desarrollo, hasta donde podemos juzgar, de todas las plantas superiores en épocas geológicas recientes es un misterio abominable». (La evolución de las plantas, página 42, Dr. D. H. Scott, M.A., L.L.D.). Este era un misterio «abominable» para Darwin simplemente porque contradecía su teoría de la evolución.

Por regla general, los científicos aún no están dispuestos a renunciar a su teoría de la evolución, pero sí admiten que, en lo que respecta a los registros geológicos encontrados en las rocas, existen lagunas inexplicables a lo largo de toda la línea, desde las formas más simples de vida vegetal y animal hasta las más complejas. En otras palabras, hay muchos «eslabones perdidos», lo cual admiten abiertamente científicos tan destacados como Wells, Huxley, Dana y otros. Algunos científicos hablan de «transición rápida» y «discontinuidad», lo que significa que no hay evidencia de que una especie haya evolucionado hacia otra.

Wells y Huxley reconocieron las dificultades. Sin embargo, procedieron basándose en pura imaginación para construir «puentes», admitiendo que estos eran «provisionales» y «especulativos». Los geólogos estiman que estos puentes especulativos abarcan un lapso de tiempo de al menos 500 millones de años. Lo lamentable de esto es que el lector no especializado de las obras de estos hombres eminentes no logra distinguir entre lo que ellos establecen como hechos a partir de los registros de las rocas y sus puentes especulativos.

Podríamos resumir estas ideas con una cita del profesor francés E. Perrier, tal como aparece en la página 75 de su libro **La Tierra antes de la historia**. Él escribe: «La aparición relativamente abrupta de tantas formas orgánicas se ha considerado a veces como evidencia en contra de la teoría de la evolución. Una vez más, se ha demostrado que una nueva flora y fauna han aparecido repentinamente en algún estrato geológico tras la desaparición completa de otras más antiguas conservadas en los estratos inmediatamente anteriores». Esto, observó Perrier, se ha «considerado un argumento irrefutable a favor de las creaciones independientes».

EL CUARTO DÍA

El cuarto «día» se refería al sol, la luna y las estrellas. El texto dice: «Dijo Dios: “Haya lumbreras en el firmamento de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales, y para las estaciones, y para los días y los años... Dios hizo dos grandes

lumbreras: la lumbrera mayor para gobernar el día, y la lumbrera menor para gobernar la noche; también hizo las estrellas”». Génesis 1:14-16

El lector casual podría fácilmente tener la impresión, al leer el relato, de que fue durante este período cuando se crearon el sol y la luna, pero no es así. El sol y la luna fueron creados «en el principio», cuando «Dios creó los cielos y la tierra». Son parte de los «cielos». Génesis 1:1

La palabra hebrea que aquí se traduce como «hizo» tiene un significado y un uso mucho más amplios que este. Se traduce como «designó» en el Salmo 104:19. Dios «estableció la luna para las estaciones; el sol conoce su ocaso». La obra de Dios en el cuarto día no fue crear el sol y la luna, sino establecerlos «para que gobernaran sobre el día y sobre la noche», y para que sirvieran como «señales, y para las estaciones, y para los días y los años».

Como señalamos anteriormente, fue la luz del sol la que penetró tenuemente el velo de oscuridad que rodeaba a la tierra en la primera época de la creación, cuando Dios dijo: «Hágase la luz».

Es evidente que algo de luz solar llegó a la Tierra antes del cuarto «día» de la creación, pues era necesaria para la vegetación que creció en la tercera época. Pero el sol y la luna no «gobernaban» entonces en el sentido de producir estaciones, como lo demuestra el hecho de que los enormes árboles que se depositaron para formar nuestros yacimientos de carbón no

muestran anillos que denoten los años de su crecimiento.

EL QUINTO DÍA

La quinta época se dedicó a dar origen a la vida marina y a las «aves que vuelan sobre la tierra» (Génesis 1:20). Leemos que Dios creó grandes «ballenas y toda criatura viviente que se mueve, que las aguas produjeron en abundancia, según su especie». Génesis 1:21

La Biblia dice «monstruos marinos» en lugar de «ballenas». La Concordancia de Strong nos informa que la palabra hebrea también podría traducirse como «monstruos terrestres». Génesis 1:21 probablemente se refiere a esos enormes animales a los que los científicos han dado nombres como dinosaurios, diplodocus y tiranosaurio, que significan lagartos gigantes. Los científicos sugieren que, si bien estos monstruos podían vivir en tierra, su tremendo peso les facilitaba moverse en el agua, ya que esta les ayudaba a soportar su peso.

La expresión «todas las aves aladas» (Génesis 1:21) no tiene por qué limitarse en su aplicación a las aves con plumas. Los geólogos han descubierto que durante este período existían enormes criaturas aladas que no tenían plumas, y cuyas alas tenían una estructura algo similar a la de un murciélago.

Ya se trate de los enormes lagartos de este período, de las criaturas que vivían exclusivamente en el mar o de las aves aladas o sin plumas del aire, cada especie

fue creada «según su género». Esto lo confirman los geólogos, quienes reconocen abiertamente que, según el testimonio que se encuentra en «El libro de las rocas», cada una de estas especies apareció de repente, sin evidencia alguna de haber ascendido por una escalera evolutiva.

EL SEXTO DÍA

Al final del sexto «día», Dios creó al hombre a su propia imagen. Como era de esperarse, fue durante esta era cuando también se crearon los animales terrestres que contribuirían a satisfacer las necesidades humanas.

Si bien la vegetación apareció durante el tercer «día», continuaron surgiendo nuevas especies de vida vegetal, y los árboles con flores y frutos fueron creados durante el sexto día. Los geólogos han descubierto que, con la aparición de las plantas y árboles con flores e es, también llegó la abeja melífera. Fue en este momento cuando la abeja y otros insectos se hicieron necesarios para la polinización, y antes de esto no habrían tenido su suministro adecuado de alimento. El Creador se encargó de que el deseo «natural» de los insectos por el alimento los llevara automáticamente a servir a las plantas con flores y a los árboles en su proceso de reproducción.

La culminación de la creación terrenal de Dios fue el hombre. El Arquitecto de la creación diseñó la tierra y todo lo que contiene para el hombre. Al revelar la verdad sobre la creación del hombre, el escritor sagrado nos lleva, por así decirlo, detrás de escena y

nos permite escuchar a Dios hablarle a su hijo. Génesis 1:26: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y que tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre el ganado, y sobre toda la tierra, y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra».

Sin duda fue una gran alegría tanto para el Padre como para el Hijo saber que ahora el gran objetivo de todo lo que se había logrado mediante la «incubación» del poder divino a lo largo de los cinco «días» anteriores estaba a punto de hacerse realidad. Por muy maravillosas que hubieran sido las obras de creación anteriores, aún no había un representante adecuado del Creador que pudiera ser nombrado rey de la tierra.

«Varón y hembra los creó». (Génesis 1:27). Esta breve declaración de hecho se detalla en el segundo capítulo. Aquí aprendemos que el hombre fue creado primero, y que transcurrió algún lapso de tiempo antes de que fuera creada la mujer. En cuanto al hombre, el relato dice: «El Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz el aliento de vida; y el hombre se convirtió en un ser con alma». Génesis 2:7

Aquí se exponen dos verdades científicas relativas a la anatomía humana: (1) El organismo del hombre está compuesto de elementos químicos propios de la tierra. (2) Vive gracias al oxígeno que respira en sus pulmones. Levítico 17:11 dice: «La vida de la carne está en la sangre». Hoy se sabe que el oxígeno que ingresa a los pulmones es transportado por la sangre a todas las partes del cuerpo, y así se mantiene vivo

el cuerpo. ¡Qué maravilloso es que este conocimiento se haya registrado en la Biblia mucho antes de que el hombre lo descubriera!

«El hombre se convirtió en un alma viviente». Un alma viviente es un ser viviente. En Génesis 1:21 y 24, la misma palabra hebrea se traduce como «criatura viviente», refiriéndose a los animales inferiores. Esta falta de uniformidad en la traducción puede reflejar el deseo de los traductores de mantener la tradición del «alma inmortal», la cual afirma que los seres humanos tienen una chispa de vida indestructible escondida en algún lugar dentro de su anatomía que, cuando el cuerpo muere, se escapa y sobrevive a la muerte.

Aunque la expresión «alma viviente» no implica en absoluto la tradición de la «alma inmortal», los traductores evidentemente pensaron que sonaba mejor que la expresión «criatura viviente», que utilizaban cuando se referían a los animales inferiores. De haber utilizado las palabras «alma viviente» o «criatura viviente» en ambos casos, los estudiantes de algunas traducciones bíblicas de la Edad Media habrían tenido muchas más posibilidades de saber que la tradición del «alma inmortal» no se enseña en absoluto en la Biblia. Se habrían sentido más inclinados a aceptar la simple verdad expuesta en Eclesiastés 3:19-21, donde Salomón explica que el hombre y la bestia tienen un mismo aliento, y que «como muere uno, así muere el otro».

Génesis 2:8, 9 brinda más detalles sobre la amorosa provisión del Creador para el hombre. «El Señor Dios plantó un jardín al este de Edén, y allí puso al hombre

que había formado. Y del suelo hizo crecer el Señor Dios todo árbol agradable a la vista y bueno para comer; también el árbol de la vida en medio del jardín, y el árbol del conocimiento del bien y del mal».

Dado que el hombre fue creado a imagen de Dios, podía apreciar las cosas más elevadas de la vida. Si bien todas las obras de Dios son perfectas y, por lo tanto, hermosas cuando se contemplan en su verdadera luz, en el primer capítulo de Génesis no se menciona nada acerca de la belleza de la creación de Dios. La razón es obvia. Los animales inferiores no podían apreciar la belleza. Pero después de que se creara al hombre, la situación cambió. Ahora se pone énfasis en la belleza, incluso por encima de las necesidades alimenticias. El hombre no debía vivir simplemente para comer; por eso, el Creador proporcionó árboles en el Jardín del Edén que eran «agradables a la vista».

LA TENTACIÓN Y LA DESOBEDIENCIA

Puesto que Adán fue creado a imagen de su Creador y debía ser rey de la tierra, se le brindó la oportunidad de familiarizarse con su dominio. Se le dio la responsabilidad de dar nombre a «todo el ganado», a «las aves del cielo» y a «todas las bestias del campo». (Génesis 2:19, 20). Al hacerlo, se hizo evidente que no había una compañera adecuada, o «ayudante», para Adán. Así que, en su sabiduría, Dios creó a Eva. Génesis 2:18, 21-25

Poco después de que Eva fuera creada, Satanás el Diablo se le acercó, actuando por medio de la

serpiente, y cuestionó lo que Dios había dicho con respecto a la muerte como castigo por el pecado. «De ninguna manera moriréis», le dijo a Eva, y añadió: «Dios sabe que el día que comáis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conociendo el bien y el mal». Génesis 3:1-5

Dios, en su infinita sabiduría, sabía de antemano el camino que tomarían Adán y Eva sin interferir de ninguna manera en su libre albedrío. Sabiendo que desobedecerían, Dios lo permitió. Dios sabía que solo así la humanidad podría obtener un conocimiento práctico del bien y del mal.

Tal como se había advertido, la desobediencia de Adán tuvo como consecuencia la pena de muerte, y por herencia pasó a toda su descendencia. Esto ha traído mucho dolor y sufrimiento. Pero a través de esta experiencia, la humanidad está aprendiendo las terribles consecuencias de desobedecer la ley del Creador.

Sin embargo, Dios sigue amando a sus criaturas humanas. Y «aunque causa dolor, tendrá compasión... Porque no aflige de buena gana... a los hijos de los hombres». Lamentaciones 3:32, 33

Debido a que Dios ama a sus criaturas humanas, les proporcionó la redención por medio de nuestro Señor Jesús. Por eso, Pablo escribió: «Puesto que por medio de un hombre vino la muerte, también por medio de un hombre vino la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados». 1 Corintios 15:21, 22

Esta obra de restaurar a la humanidad a la vida en la tierra se llevará a cabo durante los mil años del reino de Cristo. Mateo 19:28; Apocalipsis 20:6

UNA NUEVA CREACIÓN

Mientras tanto, desde la primera venida de Jesús, se ha estado llevando a cabo otra obra creadora. Podríamos referirnos a ella como una «Nueva Creación». El apóstol Pablo nos dio la clave al respecto cuando escribió: «Si alguno está en Cristo, es una nueva criatura; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas las cosas se han vuelto nuevas». (2 Corintios 5:17). Jesús mismo se convirtió en una nueva criatura en el plano divino de la vida, y a sus verdaderos seguidores, dedicados por completo a hacer la voluntad de Dios, se les asegura que también serán exaltados para estar con él y con su Padre Celestial. Juan 14:2, 3; 17:24; Apocalipsis 3:21; 2 Pedro 1:4

Un nuevo día comenzará con la salida del «Sol de justicia». (Malaquías 4:2). El Sol de Justicia es Cristo, y sus fieles seguidores estarán con él. Estos serán resucitados de entre los muertos en la «primera resurrección» para vivir y reinar con Cristo. (Apocalipsis 20:4, 5). Estos son «los justos» que «resplandecerán como el sol en el reino de su Padre». Mateo 13:43

Mientras tanto, el hombre tendrá la oportunidad de aprender las ventajas de la obediencia. Con el tiempo, todos despertarán del sueño de la muerte. Entonces, provistos de el conocimiento adquirido a través de la

experiencia con el mal, aquellos que acepten las provisiones de vida preparadas para ellos por medio de Cristo y obedezcan las leyes del reino que estarán vigentes en ese momento, serán restaurados a la perfección humana. Entonces el hombre, el rey de la tierra, morará para siempre en la luz del rostro de su Creador, disfrutando de las bendiciones de la paz, la salud y la vida eterna.